

tendencias

| talentos | diseño | moda | estilos | gastronomía |

EL FOTOMATÓN Javier Botet, actor

"Bambi" me dejó loco"

LINO PORTELA

Nació hace 31 años en Ciudad Real con la misma enfermedad de Abraham Lincoln, síndrome de Marfan, que se caracteriza por el crecimiento inusual del cuerpo y que afecta a una entre 10.000 personas. Pero Javier Botet no se conformó: tras cuatro operaciones a vida o muerte llegó al cine donde se ha hecho famoso por su papel de la niña Medeiros en *REC*.

Pregunta. Entre sus primeras influencias están *Star wars* y *Bambi*. Curioso.

Respuesta. Me gustó la fantasía hecha realidad de *Star wars*, pero *Bambi* me dejó loco. Ahí empecé a dibujar. Ahora, además de actor me gano la vida como ilustrador, pero el cine me tira más.

P. ¿Un sueño en el cine?

R. Ahora hemos ganado con un corto en el concurso de Notofilm. Me gustaría dirigir.

P. ¿Cansado de que le ofrezcan papeles de monstruo?

R. No, he aprovechado mi físico para hacer cine, ahora no voy a renegar de ello.

P. Con esos papeles no le reconocerán por la calle...

R. No ansío la fama. Ya habrá tiempo.

P. También ha hecho otros papeles. ¿Cuáles le gustan más?

R. Me encanta interpretar personas con problemas mentales.



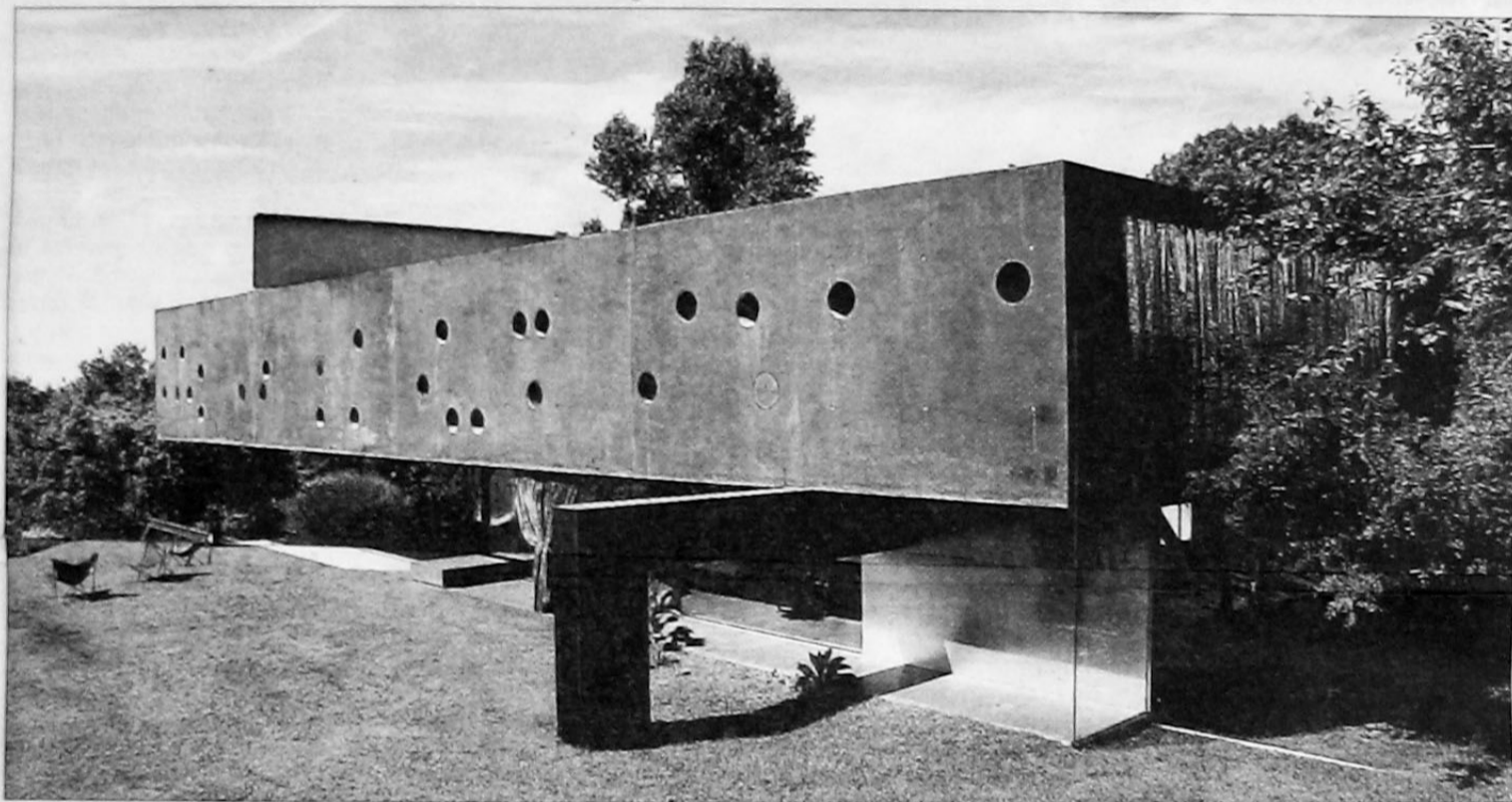
les. Y en el papel de diablo me siento perfecto.

P. ¿En *REC* se dio miedo a sí mismo?

R. Sí, mucho. El maquillaje era brutal, y Jaime Balagueró y Paco Plaza [los directores] podrían hacer que una marmota diese miedo.

P. ¿El peor momento de su vida?

R. He tenido un par muy malo clínicamente hablando. Yo me tengo que cuidar mucho, pero me gusta la juerga y tras la boda de mi hermana lo pasé fatal. Resultado: una neumonía y tener que rechazar *REC 2*. Me dolió mucho.



Edificio de Rem Koolhaas, que construyó entre los años 1994 y 1998, en el que se desarrolla la película.

La casa de Guadalupe

Un filme muestra una obra de Rem Koolhaas a través de su limpiadora

ELSA FERNÁNDEZ-SANTOS, Madrid

Con el mismo laconismo que el célebre camarero *fordiano* de *Pasión de los fuertes* le respondía a Henry Fonda-Wyatt Earp que él de amor no sabía nada, que siempre había sido camarero, Guadalupe Acedo, la mujer que desde hace casi una década limpia la icónica casa de Burdeos de Rem Koolhaas, responde que a ella no le gusta especialmente nada de esa casa, que no tiene rincones favoritos, que se limita a hacer su trabajo: limpiar. "Estoy aquí de paso, eso es todo".

Koolhaas houselife, la película documental rodada por el italiano Ila Bêka y la francesa Louise Lemoine, nos introduce en una de las viviendas más audaces de finales del siglo XX a través de una mirada insólita: la de una mujer de Badajoz que cada día sube y baja con sus cubos, su aspiradora, sus bayetas y su fregona por las tres plantas de un edificio que Koolhaas construyó entre 1994 y 1998. La imagen de Guadalupe

cargando sus arcaicas armas de limpieza en una casa de virtuosa tecnología sorprendió al propio arquitecto que en una entrevista sobre el filme señala: "Aquí chocan dos sistemas, una concepción platónica de la limpieza con una concepción platónica de la arquitectura".

Los dueños de la casa (una pareja y sus tres hijos) se trasladaron a las afueras de Burdeos después del fatal accidente que dejó parapléjico al marido. Le encargaron la casa a Koolhaas, entonces no tan famoso, un arquitecto de vocación tardía, que había sido periodista y hasta guionista de Russ Meyer, y que llevó a cabo un proyecto (declarado hoy Patrimonio Histórico) cuyo corazón es la plataforma elevadiza que permitía al dueño moverse por toda la casa en silla de ruedas y con absoluta libertad. Ojos de bucy gigantes, hormigón gris, curvas y una estructura voladiza que se sostiene por tres puntos. "Se va a caer, algún día se va a caer", dice Guadalupe mientras lucha contra las go-



Guadalupe, la limpiadora protagonista.

terras. "La casa ya no es la misma desde que murió el señor", añade en una de sus escasas concesiones ante la cámara a la intimidad de ese hogar. "Antes se escuchaba la risa de la señora, siempre riendo, siempre dando fiestas. Pero

desde que el señor murió ya no es igual, ya no se ríe tanto". Guadalupe da un respingo y se queja de las permanentes averías que sufre la casa, siempre en obras: "Es como el Escorial, aquí las obras nunca acaban". No entra en valo-

raciones estéticas: "Yo respeto todos los gustos" y se admira al abrir el enorme ojo de bucy que permite ver desde el dormitorio principal la lejana ciudad rodeada de campo. De puntillas el espectador ha entrado en la intimidad de la casa, conoce sus grietas pero también entiende su inestable belleza.

Desde su estreno en la Universidad de Harvard en febrero de 2008, *Koolhaas houselife* se ha convertido en una película de culto. En Madrid, por iniciativa de los arquitectos Edgar González y José María Churtchaga, se están organizando dos pases para el día 22 y 23 mes de mayo en el Círculo de Bellas Artes. Además, la película se puede observar en libro-DVD en la web www.koolhaashouselife.com. "Nosotros queríamos hacer una serie sobre la vida real de la arquitectura de los llamados *arquitectos*", señala Louise Lemoine. "La idea era evitar que la voz principal fuera la del arquitecto o la de los propietarios. No nos interesaba hablar de estructuras, ni de materiales sino observar su vida".

La directora: "Queríamos evitar que la voz fuera la del arquitecto"

"La casa ya no es la misma desde que murió el señor", dice la protagonista

añade la directora. "Edificios que creemos conocer, descubrirlos de otra manera". Ila Bêka y Louise Lemoine ya han rodado dos películas más dentro de la serie. Ellos se autofinancian un proyecto que también distribuyen.

De momento están en la fase montaje del segundo y tercer filme. "Rodamos unos viñedos de Herzog&De Meuron, también en Burdeos, a través de los recolectores de uvas y el Guggenheim de Bilbao, de Frank Gehry, a través del equipo que limpia los cristales y el titanio. Fue una experiencia increíble porque los que limpian son un grupo de alpinistas vascos, unos locos de la montaña. Pasamos una semana maravillosa en la terraza del Guggenheim con ellos. Mucho vértigo". Para los directores la voz de los trabajadores le da otro valor a estos edificios-icónos. "Es una confrontación filosófica".